ROMANCE HISTÓRICO

inédito

Louise Allen

Entre Bambalinas

Harlequin Internacional™

Louise Allen

Entre BAMBALINAS



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Melanie Hilton. Todos los derechos reservados.
ENTRE BAMBALINAS, Nº 459 - julio 2010
Título original: The Notorious Mr. Hurst
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8825-7
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Febrero de 1817

—Y así, mi infiel amor... ¡muero! —la doncella cayó al suelo con una daga en el pecho y su blanco brazo estirado.

El público enloqueció. Aplaudieron, silbaron, dieron patadas en el suelo y, aquéllos que no estaban llorando sobre sus pañuelos, se levantaron con gritos de «¡Más, más!».

La dama de cabello oscuro del palco cercano al escenario se agarró a la baranda tapizada en terciopelo y contuvo el aliento. Para el público que había acudido en masa a ver la última representación de *El seductor siciliano o Inocencia traicionada*, la tensión llegó a su fin y pudo relajarse. Para lady Templeton, el clímax de la noche estaba a punto de empezar y estaba decidida a que eso le cambiara la vida para siempre.

—Jamás lo adivinarías, pero debe de tener cuarenta años como poco —comentó lady Standon, bajando sus prismáticos de ópera des-

pués de haber estudiado detenidamente al cadáver que estaba levantándose con la ayuda del primer actor.

—Uno tiende a comprender que La Belle Marguerite nunca menciona nada tan sórdido como la edad, Jessica —dijo su esposo dirigiendo la observación a lord Pangbourne.

—Una mujer de elegante figura —añadió el conde, que seguía aplaudiendo con entusiasmo—. No es de extrañar que fuera la sensación en el Continente.

—Y había demasiado a la vista de esa figura —le murmuró Jessica a Maude, que sonrió ante el astuto comentario de su amiga y rompió su concentración en los oscuros bastidores. Pero esa pérdida de atención no duró más que un momento. Ésa era la noche, lo sabía. Con la emoción que rodeaba una última noche en el Unicornio, tenía la mejor oportunidad para colarse entre bambalinas. Y una vez que estuviera ahí, podría sacar el mayor provecho de la situación.

Entonces se le cortó la respiración y el corazón comenzó a palpitarle con fuerza, como le sucedía siempre, cuando lo vio. Eden Hurst, propietario del teatro Unicornio, entró en el escenario y levantó ambas manos para pedir silencio. Y por obra de algún milagro, o por su gran carisma tal vez, lo consiguió; el murmullo disminuyó lo suficiente como para que su voz se oyera por encima.

—Damas y caballeros, os damos las gracias. De parte de *madame* Marguerite y de la Compañía del Unicornio, os doy las gracias. Ésta ha sido la última representación de *El seductor siciliano*, que ha estado con nosotros durante una temporada completa —se detuvo cuando unos gritos exagerados de «¡Qué lástima!» resonaron por todo el teatro—. Pero estamos deseando que *Su preciado honor* se estrene en seis meses y puedo asegurar a sus admiradores que *madame* Marguerite tendrá el papel protagonista en esta dramática historia en la que el amor triunfa contra la adversidad. Buenas noches a todos y espero verlos a todos la próxima semana durante nuestro reestreno de esa vieja favorita *Cómo provocar y cómo complacer*, con la célebre señorita Furlow como protagonista.

—Es una comedia increíblemente buena —dijo lord Pangbourne al levantarse—. Recuerdo cuando la estrenaron. ¿Fue en 1809? ¿O un año antes?

Maude no oyó a su padre. Abajo, en el resplandor de las nuevas luces de gas, estaba el hombre al que sabía que podía amar, el hombre al que había deseado desde que lo había visto por primera vez un año antes.

Desde entonces había subsistido a base de verlo. En su teatro se había sentado en un palco tan cercano que casi había podido alargar la mano y tocarlo. En las raras ocasiones en las que él

había asistido a algún evento social en el que ella había estado presente, se había mantenido alejado de las mujeres solteras para desaparecer en las salas de cartas y charlar con algunos hombres o coquetear con las jóvenes viudas. Y ni siquiera ella, con lo atrevida que era, podía dar caza a un hombre al que aún no le habían presentado. No en mitad de un baile de sociedad y no a un hombre de turbios orígenes que había llegado a Inglaterra precedido por una seductora reputación de despiadados negocios e impactantes aventuras amorosas.

Y la temporada anterior había cerrado el Unicornio por reformas y había regresado al Continente para hacer un viaje con su primera actriz, sólo meses después de haber llegado a Inglaterra.

Allí de pie, dominaba el escenario simplemente con su presencia. Alto, de hombros anchos, con una intensa elegancia masculina con su abrigo negro y pantalones ceñidos; extravagante y espectacular. Maude se fijó en el brillo de los diamantes que llevaba al cuello y en el grueso anillo de su mano izquierda y reconoció que su ropa había sido confeccionada con un toque de exageración que habría estado fuera de lugar en un educado salón. Era un hombre del espectáculo, que exigía y recibía tanta atención como el más histriónico de los actores.

—Maude —le dijo Jessica dándole un coda-

zo—. Una de estas noches tu padre va a darse cuenta de que duermes durante las representaciones y te despiertas únicamente cuando el señor Hurst sale a escena.

—Yo no duermo —respondió y se levantó justo cuando Eden Hurst salía del escenario entre fuertes aplausos—. Veo y escucho. Tengo que aprender cómo funciona este lugar.

Nunca había logrado hablar con él. Las únicas palabras que él había pronunciado en su presencia habían ido dirigidas a una dependienta mientras ella, la brillante, alegre e ingeniosa lady Maude se encontraba en la perfumería del señor Todmorton, enmudecida ante la extrema belleza del hombre. Pero hacía tres días y gracias a una conversación que había oído en la que, de lo contrario, habría sido una aburrida recepción en casa de lady Robert, había descubierto que el señor Hurst había estado intentando acercamientos con inversores potenciales. Y eso le daba la excusa perfecta.

Ahora debía estar alerta mientras seguía a su padre y a los Standon por el vestíbulo principal del Unicornio. La gente se agrupaba para charlar bajo el famoso reloj que pendía del cuello de la bestia de un solo cuerno que sobresalía de la pared como el mascarón de proa de un barco. Tal y como había esperado, Jessica se detuvo para hablar con una amiga. Gareth, su esposo, esperó pacientemente junto a ella mientras Maude se

deslizaba entre la multitud para llegar al lado de su padre.

—Papá, Jessica me ha invitado a pasar la noche en su casa —dijo al chasquear los dedos para pedirle a su mayordomo que les diera las capas. Era cierto, Jessica la había invitado y Maude le había dado las gracias con mucha educación y le había explicado que creía que su padre querría que pasara la noche en casa.

Lo cual también era verdad, de modo que en realidad no había mentido. Y, después de todo, era una dama de recursos y con dinero, perfectamente capaz de conseguir un carruaje de alquiler.

—Muy bien, querida —dijo lord Pangbourne—. Nos veremos en la cena mañana por la noche. Despídete de lady Standon de mi parte. No puedo abrirme paso por aquí con la misma facilidad que vosotras, tan esbeltas y delgadas.

—Sí, papá —Maude esperó a verlo salir y después se coló por la puerta hacia un lado de la entrada. No estaba segura de adónde conducía ese camino, pero pensaba que eran los bastidores. Suficiente para lo que pretendía.

—¿Puedo ayudaros, señorita? —Maude respiró hondo y sonrió ampliamente al chico que se había detenido delante de ella. Tenía los brazos llenos de flores de invernadero; un incongruente contraste con las mangas de la camisa y el delantal de paño.

—El despacho del señor Hurst, por favor.

—¿El jefe, señorita?

—Sí —respondió Maude firmemente—. El jefe. Tengo una propuesta que hacerle.

Eden Hurst se soltó el pañuelo que llevaba entre los pesados volantes de su camisa y se dejó caer en el sillón antes de poner los pies sobre el escritorio. Diez minutos de paz y tranquilidad, se prometió. Después, saldría al pasillo para ir al camerino de Marguerite y halagarla y reconfortarla en medio de suficientes flores como para llenar un jardín de invierno.

Por qué esa mujer necesitaba ánimos después de una noche como ésa, era algo que sólo Dios sabía, pero Eden había captado cierta petulancia que debía ser suavizada. Desde que había aceptado con reticencias volver a Inglaterra después de años en el Continente, se había mostrado nerviosa, más exigente e insegura, y el tiempo que había pasado fuera durante las reformas del teatro no había hecho más que empeorar las cosas.

Tal vez la luz de las nuevas lámparas de gas le resultaba molesta cuando la ayudante de camerino le quitaba el maquillaje... Haría que volvieran a meter en su camerino las lámparas de aceite. Lo que hiciera falta para tener contenta a la estrella del Unicornio.

Con los pies aún sobre el escritorio, se inclinó hacia delante para anotar en su libreta *Lámparas*

de aceite y añadirlo a la interminable lista de cosas que tenía por hacer. Al hacerlo, empujó con la mano una pila de cartas, que cayeron al suelo y quedaron boca arriba; eran las obligaciones sociales del día anterior.

Echó la cabeza atrás y miró al techo, ignorando las grietas que creaban mapas de fantasía sobre su superficie gris. ¿Merecía la pena dejarse tratar así por Corwin y su vulgar esposa? Cerró los ojos, furioso consigo mismo por volver a valorar una decisión que ya había tomado. Necesitaba un inversor si quería continuar con las reformas que el Unicornio necesitaba para ser el mejor de los teatros pequeños de Londres y necesitaba más de lo que le habían costado las lámparas de gas si quería convencer al propietario para que se lo vendiera.

A través de sus agentes había comprado varios teatros pequeños por todo el país durante los dos últimos años, a modo de inversión, que después había dejado en manos de gerentes mientras él seguía recorriendo Europa con Marguerite. Después los había vendido todos para restaurar el Unicornio y tener el teatro con el que había estado soñando desde la primera vez que pisó un escenario. Eso supuso volver a Inglaterra y arriesgarlo todo por un edificio que no era en realidad de su propiedad, pero Eden Hurst había aprendido a confiar en su instinto para el negocio y estaba dispuesto a ser implacable consigo mismo, y con Marguerite, si era necesario.

Podría soportar a Corwin, incluso a la señora Corwin con su toca morada, si hacía falta, pero lo que estaba revolviéndole las tripas era pensar en las señoritas Corwin, con sus tontorronas sonrisas: la señorita Calliope, la señorita Calenthe y la señorita Coraline. Casarse con una de ellas era el precio que Corwin iba a pedirle a cambio de su inversión, de eso estaba seguro. No se casaría con una hija de los Corwin ni muerto y había estado seguro de que podría llevar el asunto con mucha diplomacia. Seguro… hasta que había oído las risitas y chismorreos en el jardín de invierno.

Ahora no tenía tiempo de pensar en ello. Volvió a posar los pies sobre la raída alfombra turca, se colocó el pañuelo y se pasó las manos por su excesivamente largo cabello. Fuera de su despacho, el pasillo estaba desierto, con todo el ruido y la actividad provenientes del escenario y de la Sala Verde, donde los actores estaban recibiendo a sus amigos y admiradores.

Eden respiró hondo y se detuvo. El de la gardenia no era un aroma frecuente en el pasillo que conducía a su despacho, como tampoco lo era el susurro de las faldas de seda que se oía entre las sombras. Justo en ese momento, la vio, una figura poco definida en un rincón. Joven, esbelta… podía saberlo por el modo en que se movía y el brillo de una piel blanca sobre el cuello y el pecho.

«Esas malditas chicas», pensó. Ahí venía la

primera. Si fingía no haberla visto y se marchaba a la Sala Verde, ella entraría en su despacho, probablemente con la intención de desnudarse y esperarlo allí.

¿Y si...? Tal vez podía darle un susto de muerte. Eden sonrió malévolamente, dio un paso al frente y agarró a la figura por los hombros. Ella dejó escapar un grito ahogado y cayó en sus brazos, como una doncella en los brazos de su amante, justo antes de que la besara. Con intensidad.

Ya la habían besado antes. A sus veinticinco años, y después de tiempo evitando comprometerse, Maude había flirteado con bastantes jóvenes caballeros y se había divertido en suficientes salones como para haberlo experimentado todo, desde una torpe ineptitud hasta besos robados con descaro, pasando por las más tímidas y delicadas caricias.

Pero nunca la había besado un hombre que sabía lo que estaba haciendo y que no tenía ningún miramiento en hacerlo a conciencia. Cómo lo lograba, era algo que desconocía, pero de repente estaba escondida en un oscuro rincón, dispuesta a dar un paso al frente y presentarse, y al segundo siguiente estaba contra el duro cuerpo de un hombre que, obviamente, estaba excitado, y cuyos labios apretaban los suyos y cuya lengua estaba apoderándose por completo de su boca.

Por un instante se quedó paralizada bajo sus manos. Después, su mente comenzó a trabajar y se puso a la par con su cuerpo, que ya estaba entregándose a los brazos del hombre. Era Eden Hurst quien la estaba besando. Había soñado con eso durante meses y ahora estaba sucediendo. Vagamente admitió que él no tenía la más mínima idea de quién era, pero eso ahora no importaba.

Maude se dio cuenta de que tenía los dedos enroscados en su pelo, esa romántica mata negra que le daba un aspecto tan exótico. Tenía los pechos contra su torso y sentía cómo el brocado de su chaleco le rozaba el busto; el corazón le latía a destiempo con su pulso, pero eso no le importaba. Todo su mundo se centraba en lo que él le estaba haciendo a su boca y la traviesa pericia con que lo hacía.

¿Debería un beso hacer que la suave piel del interior de sus muslos vibrara y ardiera? ¿Debería el insolente movimiento de su lengua lanzar rayos de deseo a su vientre, produciendo una íntima palpitación que le hacía querer rodearlo con las piernas y aferrarse a él con fuerza?

Él gimió, una advertencia que ella no oyó, posó las manos sobre sus nalgas y la alzó contra su cuerpo, de modo que su erección rozó el vértice de sus muslos. Con brusquedad, la llevó contra la pared, dejando que el movimiento le produjera un íntimo placer que la hizo gemir con total entrega contra su boca.

Y entonces, justo cuando ella se habría dejado caer al suelo junto a él, cuando habría hecho lo que fuera con tal de que sus bocas no se hubieran separado, Eden la soltó y dio un paso atrás. Alargó la mano por detrás para abrir la puerta del despacho y la luz que se coló por ella le iluminó la cara.

—Que esto os sirva de lección… ¡Maldita sea! —dijo Eden en voz baja—. No sois una de las chicas Corwin.

—No, no lo soy —«gracias a Dios, aún puedo articular palabra». Se apoyó contra la pared, al no estar segura de que las piernas fueran a responderle—. Soy lady Maude Templeton, señor Hurst.

—Entonces, ¿por qué demonios habéis permitido que os bese? —preguntó él con lo que ella identificó como una falta total de razón.

—Uno, me habéis tomado por sorpresa; dos, sois un poco más fuerte que yo; tres, sois muy bueno besando —dijo fríamente. No era el momento de lanzarse a sus brazos y declarar su eterno amor por él. Por muy perdidamente enamorada que estuviera, tenía su orgullo. Algún día no muy lejano él le diría que la amaba, pero eso era algo que tenía que descubrir por sí mismo.

—Bueno, gracias por eso último —dijo con una desconcertante carcajada—. ¿No vais a abofetearme?

Maude dudaba mucho que sus piernas le permitieran dar los dos pasos necesarios para lograrlo.

—No, no creo. Tal vez debería explicar por qué estoy aquí.

—¿Queréis un trabajo, milady? Necesito un encargado de vestuario, un pintor de escenarios. Oh, sí, y un par de chicas que representen el papel de sirvientas para la farsa.

Estaba tan serio que ella no pudo saber si lo decía de un modo literal o si tenía un desagradable sentido del humor.

—Dudo que fuera apropiada para cualquiera de esas ocupaciones —respondió—. Apenas sé coser, pinto mucho peor todavía y sería una sirvienta absolutamente irresponsable. He venido a felicitar a *madame* Marguerite por su actuación y a tratar un asunto de negocios con vos, señor.

—¿Negocios? —la observó de un modo inexpresivo. Maude estaba acostumbrada a la admiración de los hombres y esa indiferencia hirió su orgullo. Su señor Hurst no era como los demás hombres—. Bueno, ¿empezamos con *madame* y después fijamos un momento más oportuno para reunirnos mañana?

Maude habría pensado que no se había inmutado lo más mínimo por lo que acababa de suceder si no fuera por la tensión que parecía emanar de él y que le despertaba los sentidos como si Eden hubiera deslizado un dedo sobre su piel.

—¿No lleváis carabina, lady Maude?

—No —respondió desafiándolo con la mira-

da—. Tal vez seríais tan amable de conseguirme un coche después, señor Hurst.

—Parece que sois una mujer práctica y con los nervios de acero además de... —se detuvo. Maude giró la cabeza para seguir su mirada. Oyeron unos suaves pasos y el sonido de unas risas nerviosas—. Maldición —la agarró de la mano y la metió en el despacho antes de cerrar la puerta.

—Señor Hurst, parecéis agitado —ahora podía verlo con claridad. La dorada piel que siempre parecía ligeramente bronceada, los ojos marrones oscuros, la sensual boca y la fina y recta nariz. No se había equivocado; en el cuello llevaba diamantes y un anticuado cabujón en el grueso anillo que lucía. Y cuando se giró para mirarla, ella vio otro resplandor en el lóbulo de su oreja derecha. Debería haber parecido afeminado, pero simplemente le daba el aire de un pirata y supuso que era algo deliberado.

—Cierto es, lady Maude. Tal vez os gustaría sentaros. Me temo que estáis a punto de ser el público de la representación privada de una farsa —le indicó que se sentara en la silla situada a un lado del escritorio y él ocupó la otra, una especie de trono tallado con águilas en el respaldo y cabezas de leones en los brazos.

La puerta estaba entornada. Más risas contenidas y entonces entró una chica, con la cabeza girada hacia atrás mientras hablaba con alguien que había fuera.

—Oh, Calenthe, ¡estoy tan nerviosa!

—Pero, ¿por qué, señorita Corwin? —le preguntó Hurst en una acaramelada voz—. Aquí estáis entre amigos.

La chica dio un grito y tiró de la puerta dejando ver a su acompañante. Maude parpadeó al ver a dos jóvenes excesivamente elegantes apoyadas en el umbral.

—Lady Maude, permitidme presentaros a la señorita Calliope y a la señorita Calenthe Corwin. Señoritas, os presento a lady Maude. Me temo que no puedo ofreceros un refrigerio, ya que lady Maude y yo estamos hablando de negocios.

Maude, que estaba empezando a hacerse una idea de qué estaba sucediendo, preguntó:

—Seguro que vuestra madre está esperándoos, ¿verdad? Bueno, en ese caso, os llevaré a casa porque no deberíais estar solas a estas horas. Señor Hurst, ¿seríais tan amable de conseguirnos un carruaje? Me temo que debo renunciar a mi cita con *madame* esta noche, pero creo que asegurarme de que estas insensatas jovencitas llegan a casa sanas y salvas es una prioridad. ¿Seguimos con esta discusión mañana a las once? —sabía que estaba hablando como si tuviera cincuenta años, pero su tono tuvo un efecto desmoralizador en las chicas.

—Por supuesto, señorita —tal vez no era un actor profesional, pero el director del Unicornio sabía disimular como todo un maestro. Su rostro no mostraba nada más que una ligeramente servil atención hacia

Maude y una leve irritación dirigida a las dos jovencitas, como si estuviera enfrentándose a las travesuras de un par de cachorritos mal adiestrados.

Maude salió al pasillo, impresionada de ver que las piernas le respondían de nuevo. Quiénes eran esas dos chicas era algo que desconocía, y tampoco sabía si harían comentarios sobre ella. Era imprescindible hacer que estuvieran más preocupadas por su situación que por especular sobre lo que la hija de un conde estaba haciendo sin carabina en el despacho del señor Hurst a las once de la noche.

Él las condujo a través de un laberinto de pasillos y las sacó a la noche. Maude se cubrió la cara con el velo y se alzó la capucha de su capa para ocultar su rostro ante la multitud de caballeros que se arremolinaban alrededor de la puerta, y que entraban y salían, mientras el portero paraba un coche haciendo sonar un silbato. Permitió que el señor Hurst la ayudara a subir al carruaje antes de que éste se apartara para dejar que las señoritas Corwin accedieran sin ayuda.

—Gracias, señor.

—Gracias, señorita. Hasta las once, entonces —se detuvo para darle al cochero una dirección y después se giró mientras el carruaje se alejaba en la noche de la bulliciosa Long Acre.

A Maude le interesaba mucho saber qué dirían sus acompañantes ahora que estaban solas. En la

penumbra del carruaje susurraron y le preguntaron:

—¿No se lo diréis a nadie, verdad lady Maude?

—¿Qué es exactamente eso que no queréis que revele? —preguntó fríamente.

—Que intentábamos... eh... animar al señor Hurst a que nos hiciera una oferta —se aventuró a decir la más baja de las dos.

—¿A quién de vosotras? —preguntó Maude, intrigada. Sí, él había sabido lo que pretendían y la había confundido en la penumbra con una de esas dos estúpidas chicas.

—A cualquiera. Mamá cree que lo hará porque él quiere que papá invierta en su teatro, pero no estamos seguras porque nunca se fija en nosotras. No lo entendemos —añadió con ingenuidad—, porque tenemos una magnífica dote.

—¿Tal vez el señor Hurst ya tiene un compromiso? —comentó Maude.

—Bueno, si es así, no es nadie que pertenezca a las familias de comerciantes. Papá lo sabría —dijo la hermana más alta—. Y no puede casarse con nadie de la alta sociedad por ser un bastardo.

Eso fue todo un alivio... hasta que asimiló las palabras de la señorita Corwin.

—¿Un... qué?

—Un bastardo, aunque mamá dice que no empleemos esa palabra. Su padre era un príncipe italiano o algo así de importante.

Eso explicaría su tono de piel, pensó Maude.

¿Era Eden Hurst un hijo ilegítimo? Nunca había oído nada, aunque no era la clase de cosa que se mencionara delante de señoritas solteras. Oh, Dios mío, si lo era, tendría un obstáculo más que superar. El escandaloso mundo del teatro ya suponía una traba, tanto que ni siquiera ser el hijo natural de un príncipe italiano podía mejorar las cosas. A su padre, el pobre, le iban a dar palpitaciones cuando le presentara a Eden Hurst como yerno.

El carruaje se detuvo.

—Estamos en casa.

—¿Y cómo tenéis pensado entrar? —preguntó Maude. No parecían estar demasiado preocupadas.

—Por las dependencias del servicio —la chica vaciló al bajar del carruaje—. Gracias, lady Maude.

—Bien, no volváis a hacerlo. Si yo fuera vosotras, no le contaría a nadie lo de esta pequeña aventura —añadió en tono de reprimenda—. Y por favor, decidle al cochero que me lleve a Berkeley Square.

Maude estaba inmersa en sus pensamientos cuando el carruaje volvió a detenerse. La luz de los faroles situados a ambos lados de la casa de los Standon titilaba con la brisa. Casi se tropezó al bajar y después tembló mientras buscaba en su bolso.

—Está bien, milady, el señor Hurst ha pagado —dijo el hombre antes de cerrar la puerta.

—Oh, qué amable —de pronto, Maude se sintió muy cansada. Los escalones hasta la entrada principal parecían infinitos cuando los miró. No había puesto muchas esperanzas en esa noche, aparte de entablar contacto con Eden Hurst, pero no se había esperado que la besaran y acabar después haciendo de carabina de dos chicas.

—Ha venido para asegurarse de que llegabais bien a casa —añadió el hombre cuando los caballos comenzaron a caminar.

Cuando ella miró al otro lado de la plaza, vio otro carruaje y una figura alta junto a la puerta abierta. Él alzó una mano a modo de saludo y volvió a subir. Maude se envolvió en la capa y subió corriendo los escalones hasta la casa de Jessica; ya no estaba cansada.

Dos

—Lady Maude, la señora —dijo Jordan, el mayordomo, que logró no parecer demasiado sorprendido por su inesperada llegada a la casa a media noche y sin una maleta de mano encima.

—Maude, querida. Creía que habías dicho que no vendrías esta noche —Jessica bajó el libro, apartó sus pies envueltos en una manta del guardafuegos de la chimenea y la miró con una suave expresión de sorpresa.

—Intentaba no mentirle a nadie —explicó Maude—. Gracias, Jordan, una taza de té sería perfecta. Y una de esas galletas especiales de jengibre, si la cocinera ha hecho alguna —añadió.

—Me intrigas enormemente —Jessica se acurrucó en su sillón y le indicó a Maude que tomara asiento enfrente del suyo—. Supongo que has estado explorando el Unicornio.

—¿Cómo lo has adivinado? —Maude se quitó los zapatos y se acurrucó en su sillón.

—¿En dónde, si no, te habrías escabullido?

Cuéntamelo todo —le ordenó, recordándole a Maude que había sido institutriz.

—Le he dicho a papá que me habías invitado y le he hecho pensar que iba a volver contigo aquí directamente después de la actuación. Y a ti te he dicho que él quería que me fuese a casa con él sin decir que ésa no era mi intención.

—Hay una palabra para eso. «Artimaña».

—Yo prefiero pensar que ha sido algo considerado por mi parte. Así, nadie se ha quedado preocupado.

—Sigue… —Jessica se detuvo cuando Jordan entró con una bandeja cargada de artilugios para el té, pan y mantequilla, unos diminutos pasteles y las famosas galletas de jengibre—. Gracias, Jordan, es suficiente por hoy.

Maude esperó pacientemente mientras Jessica servía dos copas de té y después se abalanzó sobre una galleta.

—Estoy hambrienta. Bueno, mi intención era visitar a *madame* Marguerite en su camerino y felicitarla por su actuación, pero me he encontrado con el señor Hurst y hemos concertado una cita para hablar sobre un asunto de negocios.

—¿Y? —Jessica mordisqueaba un triángulo de pan con mantequilla.

—Yo… eh…

—Pareces aturdida.

—Me ha besado. Salvaje e indecentemente.

Sin piedad. Hasta que casi me han fallado las piernas. Ese hombre es un libertino.

—¡Oh, querida! Qué terrible. Debes de estar devastada… —con cara de absoluta preocupación, Jessica bajó la taza y comenzó a levantarse.

—Ha sido maravilloso —terminó Maude. Estaba empezando a parecer irreal, como un sueño increíble, pero su boca aún estaba inflamada y todas esas sensaciones alarmantemente maravillosas seguían recorriéndola cada vez que pensaba en el cuerpo de Eden contra el suyo.

Jessica volvió a sentarse de golpe.

—¿Fue eso lo único que hizo? ¿Besarte?

—Sí, aunque no creo que «único» sea la palabra adecuada. Pero me confundió con otra persona. Después, ha sido extremadamente cortés y me ha pedido un carruaje para que me trajera a casa. Me ha seguido en otro para asegurarse de que había llegado bien.

—¿Y quién se creía que eras?

—Una de las señoritas Corwin, al parecer. Nunca había oído hablar de ellas, pero su padre es un comerciante y está a punto de invertir en el Unicornio. Las hijas están decididas a que una de ellas se case con el señor Hurst. Dos de ellas han aparecido un momento después de que me soltara, al parecer con la intención de lograr que la mayor se comprometiera con él. Desbaraté sus planes y las he acompañado a casa, además de advertirles que vigilen su comportamiento.

—Le dijo la sartén al cazo…

—Nada de eso —Maude frunció el ceño. Había estado preocupada por eso durante el camino de vuelta a casa—. No tengo ninguna intención de hacer caer a Eden Hurst en una trampa. Sólo voy a darle la oportunidad de enamorarse de mí.

—¿Cómo podrá resistirse? —dijo Jessica bromeando.

—Bueno, tu querido Gareth pudo... —señaló Maude.

Maude decidió que, después de todas sus aventuras, podía tomar una tercera galleta.

—No tengo intención de hacer nada más que asegurarme de que, de ahora en adelante, voy a estar muy presente en la vida del señor Hurst. Tarde o temprano llegará a darse cuenta de que no puede vivir sin mí.

—Hablando de él con Gareth lo he descrito como un carámbano, pero un iceberg habría sido una palabra más precisa. Parece haber sobrevivido a tus besos sin haber caído a tus pies —añadió con crueldad.

—Probablemente ahora esté atormentado por el deseo cuanto más piensa en ello. ¿Otra taza de té?

Bebieron en silencio y el plato de galletas fue disminuyendo misteriosamente hasta que Jessica dijo:

—¿Estás segura de que no es sólo por su físi-

co? Sé que lo he descrito como un carámbano, pero también es el hombre más exóticamente bello que he visto en mi vida. No sería de extrañar que te enamoraras de eso.

—¿Quieres decir que estoy siendo superficial? —nada ofendida por la pregunta, Maude se sacudió las migas de la falda y se levantó para echar más carbón al fuego—. Olvidas que he crecido rodeada de hombres de carácter. Mi querido padre o Gareth, por nombrar a dos. No podría amar ni casarme con un hombre que no fuera inteligente y que no poseyera buenas cualidades. Sí, me sentía atraída por Eden Hurst por su físico, pero también por su presencia, por su fuerza. Y después, cuanto más descubría sobre él, más lo admiraba. Ha hecho resurgir la fortuna del Unicornio en escasos meses ante la competencia de los teatros Patent, ha promocionado a *madame* Marguerite en Inglaterra y todo el mundo dice que ha dirigido una de las compañías de teatro de más éxito en el Continente… y eso no puede haber sido fácil dadas las circunstancias de los últimos años.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Jessica—. Por lo menos treinta, imagino.

—No lo sé —respondió con gesto pensativo y mirando al fuego—. No he descubierto nada sobre eso, ni sobre quiénes son sus padres, o cuándo y dónde nació —no iba a mencionar nada

del rumor que corría sobre su padre. Ya habría tiempo de abordar el tema cuando tuviera que hacerlo.

—¿No piensas que *madame* Marguerite y él… tienen una relación?

—Claro que no —Maude se giró, horrorizada. Eso nunca se le había ocurrido—. Seguro que tiene muchos más años que él.

—Bueno, no tengo ninguna duda de que es una criatura de desenfrenadas pasiones, a juzgar por su modo de actuar, y él es un hombre muy guapo. Dime… —Jessica se inclinó hacia adelante—… ¿cómo ha sido?

Maude se sonrojó.

—Increíble. Ya me habían besado antes, pero esto no se ha parecido a nada. ¿Se supone que tiene que hacerte sentir de un modo extraño por todas partes?

—Cuanto más extraño, mejor —respondió su amiga con una amplia sonrisa, mientras se levantaba de las profundidades de su sillón—. Hora de irse a dormir, aunque dudo que puedas pegar ojo después de eso.

—¿Eso crees? Yo más bien esperaba soñar.

Eden le indicó a la agotada ayudante de camerino que se marchara y cerró la puerta.

—Os he pedido un carruaje, *madame*.

—Llámame Marguerite, querido. ¿Cuántas veces

tengo que decírtelo? —la actriz se atusó el cabello con petulancia.

—No me parece correcto. Dejad que os ayude con vuestra capa —se la echó sobre los hombros cuando ella se puso de pie envolviéndolos a los dos con su aroma a gardenias.

—Chico tonto —se giró, con la cabeza ladeada, y sonrió. Siempre se mostraba coqueta, siempre practicaba sus encantos—. ¿Se han ido todos?

Se refería al enjambre de admiradores que habían plagado la Sala Verde y se habían colocado en fila ante la puerta de acceso, con actitud altanera si no les daban entrada instantánea.

—Se han ido todos. Por fin me he librado de ellos.

—Me adoran —fue una afirmación, pero bajo esas palabras, él oyó la necesidad de que se la animara. Siempre la necesidad de que se la animara.

—Os veneran —Eden asintió con una sonrisa, sus oscuros ojos captaron las finas y traidoras arrugas alrededor de sus ojos, la flácida piel sobre su exquisita mandíbula, la dureza del tinte negro de su cabello. Sabía que debía empezar a darle papeles más maduros, pero ¿cómo iba a hacerlo sin provocarle una rabieta que podría competir con la furia del monte Etna? Había presenciado la erupción en 1810 y la ferocidad de esa imagen le venía a la mente con cada vez más frecuencia siempre que se contradecía a Madame.

Había habido una época, cuando ella lo había sacado del *palazzo* antes de que hubiera aprendido a controlar sus emociones y a no fantasear con el amor, en la que la había odiado. Ahora creía que la comprendía, había llegado a aceptar su falta total de empatía por el resto del mundo y a admirar su talento, su pura determinación. Pero cuando estaba cansado, siempre optaba por complacerla.

—Debéis de estar exhausta tras esa actuación —dijo acompañándola hacia la puerta—. Demasiada emoción.

Ella alzó una mano con una exquisita manicura y le dio una palmadita en la mejilla.

—Querido, tienes frío.

—He estado fuera, un pequeño asunto de negocios del que tenía que ocuparme —y si lady Maude no hubiera estado allí, aún estaría ocupándose de él. Cuando Corwin descubriera que dos de sus hijas habían estado en su despacho sin carabina y a altas horas de la noche, perdería su más que prometedora inversión.

Eden sonrió ampliamente y después vio el reflejo de su taciturna expresión en el cristal. ¿Por qué demonios iba a querer una mujer casarse con él?

Acostumbrado a analizar los rostros de los actores, lo único que podía leer en sus propios rasgos era frialdad, crueldad unida a los trucos histriónicos de un saltimbanqui, el pendiente, el

pelo. Su profesión y sus orígenes lo convertían en un buen partido únicamente para la clase comerciante y por debajo, y su carácter era, sin duda, algo que una mujer sólo soportaría a cambio de su dinero.

Lo que le hacía pensar de nuevo en Corwin.

—¿En qué piensas, querido? —Marguerite se dejó guiar hasta la Sala Verde; la habitación cuadrada con sus cortinas de terciopelo verde, la alfombra persa, y la variopinta colección de sillas, sofás y mesitas auxiliares, servía tanto de sala común para los integrantes de la compañía como de salón de recepciones tras una representación.

Ahora, después de la marcha de los admiradores de Marguerite, la habitación parecía reflejar las consecuencias de una fiesta. Había botellas vacías en cubos de hielo, flores por todas partes, vasos y la mayor parte de la compañía estaba sentada o tumbada, unos con la ropa de la actuación, otros con ropa de calle y otros desnudos.

Se levantaron cuando la primera actriz entró.

—Buenas noches, queridos —dijo lanzándoles un beso a los tres actores secundarios que le hicieron una reverencia al pasar.

Eden se fijó en que la señorita Harriet Golding, que hacía el papel de la ingenua, estaba prácticamente sentada sobre el regazo de Will Merrick, el joven primer actor. Eso podía traer problemas; Merrick estaba viviendo con la señorita Susan